

# ¿Ilusión financiera o crimen estructurado?\*

---

**José Ignacio González Faus,  
Cristianismo y Justicia,  
Barcelona**

El autor es antiguo consultor de bancos de inversiones que acabó jesuita, actual director del Centro Nacional de Investigación Científica (CNRS, por sus siglas en francés) y de la Escuela de Economía de París. Estos datos permiten sospechar que sabe de qué habla y lo sabe por ambos lados. Esto da más interés a este libro, que se llevó el Premio “Lire l’Économie” 2013, del Ministerio de Economía y Finanzas francés. Como no es de lectura cómoda, quizá sea un servicio presentar este resumen, inevitablemente simplificado no para suplir la lectura, sino para ayudar a ella.

El prólogo es una especie de “composición de lugar” ignaciana. Los días de 2001 a 2007: con un mercado inmobiliario creciendo en torno al 15%; con un antiguo saxofonista al frente de la Reserva Federal, apoyando enérgicamente esa hipertrofia; con una vivienda cuyo precio creció en cinco años más de un 100% en comparación con el promedio del siglo anterior, y unos bancos dando créditos para viviendas a gentes insolventes que pagarán mediante nuevos créditos a intereses mayores, mientras el banco espera quedarse con aquellas casas, cuyo valor se habrá duplicado... En 2005, la Reserva Federal comienza a detectar un brote inflacionario, pero toma unas medidas que favorecen el aluvión inmobiliario. Entretanto, una subida exagerada del petróleo hacía casi prohibitivo vivir en casas alejadas de la ciudad...

---

\* Recensión de Gaël Giraud, *La ilusión financiera*, Sal Terrae, 2013. ISBN: 978-84-293-2112-8. Para el lector habitual de esta revista, el texto de González Faus puede resultar excesivamente técnico. Pensamos, sin embargo, que es útil reflexionar sobre las conclusiones que el autor va formulando con brevedad sobre la realidad más verdadera de nuestro mundo, sus desgracias y las lucecitas para humanizarlas.

Resultados: “De repente, en 2007, tres millones de hogares pobres completamente endeudados por encima de sus posibilidades”; una deuda equivalente al PIB francés (2.5 billones de dólares) y los bancos respondiendo que “como el valor de su casa está disminuyendo, ya no podemos darle más créditos”. Familias sin casa y entidades de crédito en quiebra (p. 16).

Esa historia plantea 3 preguntas que estructuran el libro: (a) “¿Cómo se llegó hasta aquí?” (caps. 1-5). Respuesta: por una “desmesura financiera ampliamente ocultada”. (b) “¿Cómo salir de este aprieto?” (cap. 6). Respuesta: que la prioridad absoluta no sea recapitalizar al sector bancario, sino lo que el autor llama “transición ecológica”. Y (c) para ello, “¿qué necesitamos?” (caps. 7-10). Entre otras cosas, saber “que las crisis económicas no son una fatalidad” inevitable como los *tsunamis* asiáticos, si de veras “creemos que el *Homo sapiens* europeo vale más que el *Homo oeconomicus* de los mercados financieros” (p. 19).

## 1. La avaricia rompe el saco

Aunque sea algo más compleja, la gestación de la crisis se parece a lo que los economistas llaman Pirámide de Ponzi: pagar una deuda con otra deuda, “remunerar las inversiones efectuadas por unos clientes empleando los fondos proporcionados por nuevos impositores” (p. 21). Hasta que la pirámide se cae como un castillo de naipes porque los créditos posteriores no alcanzan a cubrir las deudas anteriores. Esto solo es delito si lo hace un individuo<sup>1</sup>, pero “varios bancos son capaces de montar conjuntamente una pirámide de Ponzi” (p. 23) sin delinquir y hasta sin ponerse de acuerdo: porque pueden endeudarse a un interés muy bajo y prestar a un interés más alto.

Cabe preguntar: ¿cómo se dejaron engañar los prestatarios? Pues por el típico mito de la “sociedad de propietarios”. A su vez, las entidades de crédito se protegían con lo que se llama *titulación*: convertir un crédito en un activo financiero, como si fuera una propiedad intercambiable en el mercado (p. 24)<sup>2</sup>: de este modo, si veo que un crédito empieza a fallar, lo vendo.

Pero ¿es posible vender esos créditos riesgosos? Sí, porque las agencias de calificación “concedían sin pestañear la calificación AAA a esos productos” (p. 25) cegando así a los operadores financieros. Además, ese crédito malo podía ser envuelto en un amplio paquete con otros buenos (lo que en economía se llama *tranching* y Giraud traduce con la imagen pastelera del “milhojas”). Esos paquetes “infectados” son los famosos CDO (obligaciones de deudas colaterales). Era lógico pensar que quizá podría explotar un milhojas, pero no todos a la vez por una especie de efecto dominó.

1. Giraud cuenta varios ejemplos. El Caso Madoff es el más conocido.

2. Contra el refrán catalán “*No li diguis blat fins que no sigui al sac i ben lligat*” (“No digas trigo hasta que no lo tengas en el saco bien atado”).

Resultado: *el crédito se convirtió en mercancía*; los inversores perdieron el miedo y luego, cuando la crisis estalló, se dejaron arrastrar por un pánico que aún la hizo más peligrosa, pues cuando una mentira es oficialmente legítima (se ha “convertido en mercancía”), nadie puede fiarse de nadie.

Por supuesto, hubo voces aisladas que atisbaron la peligrosidad de ese montaje, pero no se les hizo caso. Resultado: más de tres millones de familias perdieron su vivienda entre 2008 y 2012. Miles de ellas siguen aún viviendo en sus coches.

## 2. Corrió el pánico

La crisis estadounidense infecta a Europa a partir de la quiebra de Lehman Brothers (septiembre de 2008), por puro miedo: si EE. UU. no había podido salvar a ese banco (que parecía invencible y había salido indemne de la crisis del 29), eso significaba que *nadie está seguro*. Así, los bancos dejan de prestarse unos a otros; y el dinero que inyecta el Banco Central de cada país no resuelve el pánico, porque se ha generalizado un intercambio masivo de créditos fallidos, llamado CDS: “activos financieros sirven como pólizas de seguro para cubrir el riesgo de crédito” (Credit Default Swaps). Esos CDS no están regulados y resultan opacos para las autoridades que deberían regular los mercados. Son como enfermos que no sienten el dolor y los médicos no saben ni dónde tienen el mal ni qué dosis de medicamento han de propinarles. Con ese intercambio de créditos puede uno tener asegurada una propiedad ajena, con la tentación de destruirla para cobrar el seguro<sup>3</sup>. O tener su casa asegurada varias veces (con la misma tentación)<sup>4</sup>. Eso “está prohibido en una póliza de seguros, pero es legítimo para los CDS” (p. 36). Y encima, ese intercambio pueden hacerlo entidades no bancarias que no están sujetas a las reservas obligatorias de capital impuestas a los bancos.

Resultado: “A fines del 2008 las finanzas mundiales habrán perdido 25 billones de dólares” (p. 36). La proliferación y la opacidad de los CDS acabaron creando *un clima de desconfianza absoluta*.

Ese truco de los CDS sirvió para que Grecia maquillara sus cuentas ayudada por Goldman Sachs y entrara en el euro cuando no cumplía las condiciones. La agencia de estadística europea (Eurostat) advirtió sobre ello, pero tampoco se le hizo caso, porque Grecia era un suculento mercado para algunas firmas y bancos de Europa<sup>5</sup>.

- 
3. Así es como Goldman Sachs hizo quebrar al banco norteamericano CIT: comprando los contratos CDS colocados en el mercado por aquel banco al que, por otro lado, le prestaba dinero...
  4. Lehman Brothers, al quebrar, tenía asegurada su deuda ¡cincuenta veces! Cifra inasequible a la firma aseguradora.
  5. Vale la pena reproducir al menos parte de la carta de dimisión de un antiguo director ejecutivo de Goldman Sachs, donde afirma que “los intereses del cliente están en segundo lugar”; que “el modo de hacer carrera es ser rentable para la empresa” y,

No podemos seguir al autor en el análisis de Grecia, pero sí citar su balance: “Los planes de austeridad impuestos por la Troika (...) están simplemente condenados al fracaso” (p. 46). Prestar a unos intereses superiores al (de)crecimiento del país era crear una bola de nieve que no pararía de crecer. La solución era una auditoría como la que hizo Ecuador, anulando la parte de la deuda que fuera ilegítima: porque *no hay que reembolsar a quienes, prestando sumas exorbitantes de manera irreflexiva, contribuyen a arruinar a un país*. El empeño por ayudar a enjuagar esas deudas privadas desmesuradas fue lo que desbordó la deuda pública en muchos países de Europa.

De este modo, los bancos jugaban a “si sale cara, gano yo, y si sale cruz, pierdes tú” (p. 35). Y queriendo ayudar a los bancos, los Estados hicieron como el socorrista que quiere ayudar a un naufrago y corre riesgo de ser ahogado él. Si Alemania se libró de este peligro fue porque antes asfixió a sus propios ciudadanos, los cuales, lógicamente, protestarán si lo que se les quitó a ellos sirve ahora para salvar a otros.

### 3. La estupidez financiera

El autor titula el capítulo siguiente con una expresión clásica en economía: “manchas solares”. Significa que si una noche un telediarista anuncia que “va a desplomarse el euro porque se han descubierto manchas en el sol”, por estúpido que eso sea, habrá suficientes idiotas que se asusten y comiencen a vender. Con ello la gente sensata tendrá que vender también porque sus euros van a devaluarse volando. Giraud cuenta varios ejemplos significativos, como prueba de que el mercado no se autorregula, pues *el verdadero motor de los mercados es el miedo*.

Por tanto, “no hay razón alguna para que los precios que aparecen en un mercado financiero no regulado reflejen ningún valor fundamental”. Lo “que tradicionalmente se enseña en las *business schools* de todo el mundo sobre la eficacia de los mercados financieros es mera fábula”. Y “las normas contables fundamentales que rigen la contabilidad de las empresas que cotizan en bolsa apenas tienen sentido económico” (pp. 60-61).

Además, como la llamada “financiarización” condiciona el resto de la economía, la sagrada ley de la oferta y la demanda ha quedado convertida en un mito; lo cual constituye un cáncer mortal para la democracia, porque “en semejante contexto (...), cada cual está condenado a tratar de anticipar lo que pensará la dictadura de la mayoría de inversores (un pequeñísimo número de personas,

---

para ello, “convencer a los clientes para que inviertan en acciones y otros productos de los que queremos deshacernos (...) Hacer que los clientes compren lo que sea más beneficioso para Goldman (...) y negociar con productos opacos disfrazados con siglas de tres letras” (CDO y CDS) (pp. 43-44).

pero con un poder considerable) (...) Lo que esa mayoría haya decidido (porque uno cree que los demás creen en ello) acabará haciéndose realidad” (p. 63).

Así pues, “nos hallamos muy lejos de la imagen de unos mercados ‘eficientes’ que transmiten en todo momento la información pertinente”. Al revés: *nuestra economía* (como la antigua de la URSS) *está fundada en dogmas y no en realidades* y puede acabar desmoronándose como aquella (pp. 66 y 65).

“Que a pesar de la recurrencia de las crisis nuestra sociedad siga tolerando el desarrollo de mercados no regulados muestra el poder de la *ilusión financiera*”. Esta se une a nuestra *ilusión monetaria* (“creencia de que si bajan los precios, crece mi poder adquisitivo”, olvidando que mis ingresos pueden bajar más que los precios) y a la *ilusión económica* (“creer que los mecanismos económicos son leyes intangibles a las que solo cabe someterse”) (pp. 70-71).

#### 4. “Éramos pocos...”

A lo anterior se añade el problema de la energía y el petróleo, que es doble: porque pronto la demanda diaria superará las posibilidades de la oferta y porque el aumento de emisiones de CO<sup>2</sup> amenaza seriamente al planeta: los informes del Grupo Internacional de Expertos sobre el clima (citados en la p. 83) son categóricos.

Ante eso propone el autor la que él llama “transición ecológica”, que exige tres conductas: reducir drásticamente el consumo de energía en la construcción, transformar la movilidad (más tren que coches, etc.) y cambiar nuestros modos de producción de energía (pp. 86-87). El coste de ese programa en Europa está ya calculado en unos tres billones de dólares en un decenio. Y para que no parezca desaforado, comenta el autor: “Los Estados han puesto ya a disposición de los bancos el equivalente a 4 billones desde el 2008. Y el BCE ha creado un billón de euros entre diciembre del 2011 y febrero de 2012, también para salvar a los bancos” (p. 89). “El tiempo apremia (...) nunca insistiremos lo bastante”, decía A. Merkel cuando era ministra de Ecología (pp. 90-91). Y ante eso, “sacrificar a los niños griegos o a los jóvenes españoles en el altar de la competitividad o de la competencia libre sin distorsiones, no servirá de nada” (p. 80).

#### 5. Omnipotencia bancaria

Para nuestro autor, los bancos hoy no se limitan solo a *prestar* dinero, sino que además lo *crean*. O sea, son los créditos quienes crean los depósitos (o la riqueza), no al revés. Prueba de ello es que los bancos prestan mucho dinero del que no disponen (cosa prohibida a una sociedad de crédito inmobiliario), contando con que es casi imposible que los clientes vayan a reclamar sus fondos

todos a la vez<sup>6</sup>. Pero si ocurre que todos los clientes (o muchos) acuden a la vez a recuperar sus depósitos, se desata el llamado pánico bancario, ante el cual no hay más salida que unas declaraciones falsas del director diciendo que no pasa nada y que el banco posee reservas suficientes... Eso hace que *los bancos vivan envueltos en una "mentira estructural"* (pp. 106, 110 y 125).

Ese poder creador de los bancos está limitado por las reservas de capital o coeficientes de caja que impone la autoridad. Pero ese límite puede sortearlo el banco "titulizando" sus créditos, que entonces quedan fuera de esas reservas obligatorias. Es lo que hicieron los bancos españoles concediendo "una cantidad desmedida de créditos a proyectos inmobiliarios carentes de toda pertinencia económica" (p. 99). Por eso afirma el autor que "los primeros culpables no son los Estados (en particular, en la zona euro, donde están despojados del poder de acuñar moneda), sino los banqueros privados" (p. 94). Ellos pueden no prestar un dinero si ven más beneficios en otros modos de invertirlo, o "apalancar" al sector financiero desmesuradamente<sup>7</sup>.

Y estas reflexiones están todas al servicio del capítulo siguiente.

## 6. La mentira de los Bancos Centrales

Nuestro autor se muestra muy contrario tanto a la plena independencia del BCE como a que no tenga más misión que controlar la inflación. La independencia es un invento de M. Friedman y Pinochet, seguidos por Inglaterra y EE. UU., que acaba dañando a la democracia y maniatando a los Gobiernos; y más cuando los directores del banco central no son elegidos por el pueblo: "En el momento en que un banco tiene tanto peso como un Estado, la imposibilidad práctica de dicho banco de decir la verdad se contagia al propio Estado: ¿cómo va a atreverse el poder político a hacer pública una información que, al provocar la caída del sector bancario, conllevaría su propio suicidio?" (p. 124).

En cuanto al otro punto, la misión del banco, "es precisamente la creación de dinero la que hace posible el crecimiento económico, a veces pagando el precio

- 
6. ¿Quién no se acuerda del "corralito" argentino (= límites a la libre disposición del dinero colocado en plazos fijos)? Esa estructura mendaz se prolonga a la hora de determinar el tipo interbancario al que los bancos se prestan entre sí (euríbor), que se calcula preguntando a los bancos qué interés les exigieron las entidades financieras al prestarles. Ahí todos los bancos mienten a la baja, para que no parezca que esas entidades tienen mala opinión de ellos... Aunque eso pueda ser castigado, afirma Giraud que "359 millones de euros de multa son una minucia" en comparación con las cifras "faraónicas" que los bancos pueden ganar con esas mentiras (p. 109).
  7. Se llama apalancamiento a la proporción entre lo que aparta el banco y lo que pone el capital a la hora de hacer una inversión importante. Si este último aporta solo el 2%, tendremos un "ratio de apalancamiento" de 50 (100 dividido entre 2).

de la inflación” (p. 116). Pero un crecimiento como el de los últimos 50 años no puede repetirse porque provino en sus dos terceras partes del aumento del consumo de energía fósil, que ya es imposible. Esta es otra razón para abordar decididamente la transición ecológica a largo plazo.

Antes, urge hacer tres cosas: “A corto plazo, poner fin a los planes de ajuste estructural, *tan desastrosos como inútiles*, y negociar la reestructuración de las deudas públicas de buena parte de los países de la zona euro (...) A medio plazo, abandonar el absurdo imperativo de credibilidad de los bancos centrales y poner de nuevo al BCE bajo la dirección de una autoridad política democrática, responsable ante los ciudadanos” (p. 126).

## 7. Hacia la transición ecológica

Buscamos aquí un proyecto colectivo para una Europa confederal y una economía “postcarbono”, del que solo podemos saber los primeros pasos.

La “mano invisible” de A. Smith era en realidad la mano (negra, como la noche) de los esclavos que enriquecieron a Inglaterra y Francia en aquella época. *El trabajo, como la tierra y el dinero, no puede convertirse en mercancía* objeto de propiedad privada. Pero para evitar las ambigüedades de la propiedad pública, el autor introduce aquí una novedad: el concepto de *propiedad común*.

Hay bienes privados, unos de uso exclusivo y otros “rivales” (es decir, que si yo uso más, usas tú menos). Hay bienes públicos que no son exclusivos ni necesitan ser repartidos (como el alumbrado), o son exclusivos de uso, pero no han de repartirse (como una autopista). Finalmente, hay otros bienes que son *exclusivos, pero no rivales*: “bienes a los que difícilmente se puede prohibir o restringir el acceso, pero que son susceptibles de ser objeto de una explotación y una apropiación individuales” (pp. 230-231). Elinor Ostrom (Nobel de Economía 2009) los llamó *recursos comunes*: son casi todos los bienes naturales amenazados hoy: agua, energía, red ferroviaria...

Para administrar esos bienes comunes, la gestión pública es ineficaz y la gestión privada es nociva: porque las externalidades [v. g., gastos de uso] “no se reflejan en el precio de equilibrio competitivo” (p. 132). Esto reclama “unas normas colectivas de acceso, utilización y vigilancia eficaces y perennes” (p. 133).

Pues bien, tesis fundamental de Giraud es que *tanto la liquidez como el crédito* (rasgos fundamentales del dinero) *han de ser gestionados como bienes comunes*. La liquidez a manera de una zona de pesca, donde pescar es provechoso para el pescador, pero exige mantener el equilibrio en la fauna de la zona para no dañar a la comunidad (lo contrario de lo que se hizo al desregular los mercados financieros). En cuanto al crédito, privatizar el acceso a él es otro fallo de la UE, junto a la independencia del BCE, la “fobia antiinflacionista”

(p. 136)<sup>8</sup> y la tesis del “*trickle down*” (o goteo: cuando los ricos tienen mucho, caen algunas gotas a los pobres), la cual “no es de recibo” (p. 136).

Por eso, “en la medida en que la creación de dinero hace posible la actividad económica, ¿no debería ser la concesión de créditos un bien común, equidistante entre su privatización y su colectivización?” (p. 137).

## 8. Cómo financiarla

Dicho rápidamente, “mediante la creación de dinero (interno) confiada a un BCE sometido al control de la Unión política europea” (p. 145). El obstáculo mayor para ello no es técnico, sino político: es el temor de muchas élites europeas a la inflación, temor que el autor refuta releendo la historia pasada de Alemania. Debo prescindir aquí de la discusión —ya demasiado técnica— sobre plazos, tipos de interés y colaterales (o “prendas” que respaldarían esos préstamos). Solo destacaré la convicción del autor: “Esa apuesta no es más atrevida que la que acaba de hacerse en relación con la salud de nuestros bancos a tres años vista” (p. 149).

## 9. Entre tanto

Pasa luego Giraud a la gobernanza europea durante ese tránsito. Entre un mercado que solo conoce bienes privados y un Estado que solo los conoce públicos, deberíamos “construir en Europa esa tercera categoría —los bienes comunes— habilitando unas reglas” para ello (p. 152). Pero hasta hoy, “los tratados han impuesto al proyecto inicial una dirección que lo aleja de ese ideal” (p. 153), convirtiendo los bienes comunes en “bienes privados extraterritorializados”, sobre los que ni los mismos Estados tienen poder de disposición. Unas instituciones no elegidas democráticamente están obligando a todos los países a “la austeridad presupuestaria que es el medio más seguro para conducir la zona euro a la recesión” (p. 155). Se argumenta que “la justicia social es ineficaz y tendría que ser conquistada a expensas de la eficacia” (p. 156); pero, al argumentar así, el *Homo sapiens* se degrada en *Homo oeconomicus* y la regla de oro evangélica, o el principio fundamental de la moral kantiana brillan por su ausencia (p. 159). Nadie acepta hoy en Europa que “la función primera de la empresa no es la maximización de los beneficios repartidos entre los accionistas, sino su utilidad social” (p. 160).

Ante eso, Giraud reclama una Europa confederal en la que, por respeto al principio de subsidiaridad, “la protección social, los sistemas de jubilación, los pormenores del impuesto sobre la renta, los programas escolares... *deben seguir siendo competencia de los Estados-naciones*”, mientras los bienes comunes y la

---

8. Sobre este punto, con la distinción entre dinero interno (el que corresponde a una deuda) y dinero externo (que se posee sin que haya de por medio ninguna deuda), y entre inflación e hiperinflación, ver pp. 137-140, que no cabe resumir aquí.

fiscalidad de las empresas (que el autor ha tratado en otro lugar) son transferidos a la escala europea (pp. 162-163). Estos ejemplos y otros que no cabe enumerar demandan una nueva forma de constituir la autoridad en Europa: esa autoridad deberá imponer de nuevo reglas, allí donde las autoridades se han dedicado a abolir todo tipo de reglas (p. 165).

### 10. Algunas de esas reglas

- “Una reglamentación contracíclica de los mercados financieros” (p. 166): obligar a los bancos a disponer de provisiones suplementarias para cuando amenace tormenta, moderando el apalancamiento de los mercados financieros, limitando la titulación y la liquidez privatizada... Todo ello ayudaría a evitar las llamadas “manchas solares”.
- Separar las actividades bancarias de crédito y de mercado. Así, cuando quiebren estas, no lo pagarán aquellas ni serán los ahorros ciudadanos los que acaban financiando a los mercados, cuando deberían servir para financiar la economía real. Porque esto consagra la lógica nefasta de socializar pérdidas y privatizar beneficios: *¿por qué los beneficios de los bancos deberían repartirse entre sus accionistas y sus pérdidas ser asumidas por los contribuyentes?*<sup>9</sup>.
- Acabar con el gigantismo bancario que no hace más eficaces a los mercados, pero dificulta mucho su salvación cuando se hundan (pp. 176-179).
- Prohibir que los altos cargos públicos acaben su carrera en bancos privados (el llamado “*pantouflage*” o salida por la puerta giratoria).
- Reglamentar el sector financiero europeo, haciendo “que la colectividad pueda gozar del derecho a inspeccionar todas las actividades financieras y las reglas por las que se rigen” (p. 181) y que el BCE quede sometido a control democrático, “asignándole como prioridad la financiación de la transición ecológica y el empleo, en vez de la lucha contra la inflación” (p. 180).
- Acabar con el problema de falta de liquidez en un banco, evitando el pánico y sus consecuencias. Para ello, “obligar a los establecimientos financieros a mantener en los bancos centrales unas reservas equivalentes al 100% de sus cuentas corrientes” (en lugar del 1% actual en la zona euro) (p. 182). Y que los bancos privados no gocen del poder de crear dinero y solo lo tenga el banco central acuñando moneda.
- Giraud es muy pesimista sobre el futuro del euro si no hay “una verdadera federación presupuestaria” (p. 185) que equilibre las disimetrías económicas mediante transferencias, como sucede en EE. UU. La única solución que ve

---

9. Las objeciones contra esta propuesta son discutidas por extenso en las pp. 172-175.

es convertir el euro en una “moneda común”, que conviva con las monedas nacionales de cada país y se use para las transacciones fuera de la zona euro, mientras en el propio territorio cada país use su propia moneda que podría así ser devaluada. Pero a esto se opondrán los bancos y Gobiernos conservadores alemanes, verdaderos beneficiarios del euro...

### 11. Conclusión: El becerro de oro

Con los criterios actuales, la crisis está siendo beneficiosa para las clases altas y desastrosa para las clases medias, debido a la privatización de la liquidez y el crédito. Ese “becerro de oro aniquila la conciencia crítica de quienes se benefician”, haciéndonos a todos cómplices de ese mal banalizado (p. 193). Tras constatar eso, el autor va pasando del género económico al ético (larga cita de Habermas sobre Europa), al profético (“los mercados no están en el origen del vínculo social”; “la mentira amordaza a los bancos y a los políticos”) (p. 197) y hasta a las encíclicas pontificias que denunciaron “la dictadura de los financieros” (p. 200) ya en 1931. La orientación de nuestras vidas depende de la respuesta que damos a la pregunta de si el otro es para mí una amenaza, un rival, un competidor, una nada o una promesa. Todo eso “no puede dejar de cuestionar el concepto mismo de propiedad privada” (p. 203), frase dicha sin ulteriores análisis en un apartado titulado “La alegría de la pobreza”, que evoca aquella “civilización de la pobreza” propuesta por I. Ellacuría. Si esto toca a los individuos, las autoridades deben “idear nuevos modos de regulación para que las finanzas del mercado y el sector bancario puedan ofrecer de nuevo el servicio que le deben a la sociedad” (p. 206).

Total, “la ilusión financiera es perfectamente reversible si tenemos la voluntad política de que sea así” (p. 165). Esta frase puede resumir el libro.

### 12. Comentario personal

No estoy capacitado para juzgar las soluciones del autor. Pero me siento identificado con sus análisis que, además, ponen de relieve la perenne vigencia de la teología de la liberación. Lástima que Roma no supiera percibir eso, obsesionada por arrancar cizaña en vez de cultivar el trigo.

Creo que estos análisis confluyen en una intuición madre y es que *la economía financiera se asienta en dos actitudes fundamentales: una avaricia desbordada y un pánico incontrolable*. Más la ausencia de suficiente control para esas dos paranoias. No ya la ética, ni siquiera el sentido común tiene nada que hacer ahí. El dinero nos enloquece; y luego se trata de dejar libres a todos los locos porque a veces tienen ocurrencias eficaces. Solo que esa eficacia es irresponsable y cruel: al principio pisotea a todos los débiles, que son los que más han pagado nuestra crisis, mientras eso era ocultado por todos los Gobiernos y

casi todos los medios de comunicación (tristemente tibios en la denuncia, aunque Giraud no toque este tema). Pero después destruirá también al conjunto social (y hacia ahí parece que nos encaminamos ahora).

Nada permite afirmar que tengamos esa voluntad política de revertir la ilusión financiera, sino solo que se dan pequeños gestos y grupos admirables, pero ineficaces por minoritarios. Como repite el libro bíblico del Deuteronomio, podemos elegir entre la vida y la muerte. Mi preocupación es que, dado lo que es la pasta humana y el poder seductor del dios Mamón, acabaremos eligiendo la muerte. Ojalá me equivoque. Pero al menos no nos quejemos entonces.

